

RECENSIONES

RECENSIONES

PALABRAS POR LA BIBLIOTECA

Como director de un centro donde se forma a bibliotecarios y bibliotecarias, no puedo más que congratularme por iniciativas como ésta. Algunos de lo que estamos dedicados a la docencia en la universidad, contemplamos con preocupación un sesgo excesivamente técnico y mercantilista en la educación universitaria, sesgo que también ha tomado la educación secundaria, donde se van arrinconando asignaturas tan valiosas como la filosofía. Nos preocupa que los valores con los que salen los diplomados y licenciados estén excesivamente apegados al mercado. Los discursos que nos hablan del Espacio Europeo de Educación Superior repiten como si fuera un mantra la palabra de moda: competitividad.

En unas titulaciones y en unas profesiones como son bibliotecario, archivero y documentalista, hay que tener muy presente la importancia de los valores relacionados con una función social que garantiza derechos imprescindibles para el ejercicio de la democracia: acceso a la información y a la cultura, acceso a los documentos administrativos, acceso a la educación (qué duda cabe que la biblioteca complementa a la educación reglada), etc.

Y estos aspectos los encontramos en un libro como éste. El mismo título, *Palabras por la biblioteca*, nos anticipa que no estamos ante un libro técnico, sino ante un libro que parte del compromiso social. En él encontramos palabras de denuncia, palabras de agradecimiento, palabras poéticas, palabras que comunican experiencias, palabras que expresan sentimientos. Qué bello el título de uno de los capítulos: *La casa de las palabras*, de Roser Lozano. Efectivamente, las palabras son los habitantes de las bibliotecas. Y, como dice Rubén Darío, “*cada palabra tiene un alma*”. De manera que la biblioteca constituye un tesoro que guarda montañas de sabiduría que uno va descubriendo cuando se hace adicto a la biblioteca.

La biblioteca pública es un islote (un “ecosistema”, dice Carlo Frabetti; un “espacio de resistencia”, dijo Javier Pérez Iglesias, el coordinador del libro, en la presentación que se hizo de éste en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense) dentro de esta etapa salvaje del capitalismo que nos ha tocado vivir, porque no comparte la lógica de la mercancía, como pone de relieve Belén Gopegui, y esperemos que así siga siendo. En ella, las personas de todo tipo y condición pueden hallar respuestas a las preguntas que se hacen, pueden acceder a colecciones de libros, revistas, películas, piezas musicales, que van a hacerles más feliz la vida. Pueden compartir un espacio que escapa a los efectos perversos de un neoliberalismo que pretende uniformar nuestros pensamientos. Y todo esto es gratis, y esperemos que siga siéndolo si la biblioteca consigue escapar a la agresividad arrolladora de la lógica mercantil que la Organización Mundial del Comercio está consiguiendo imponer en todos los ámbitos (atención al AGCS, Acuerdo General del Comercio de Servicios, que pretende convertir la cultura en “industria cultural”).

Este libro transmite valores éticos y ciudadanos. Habla de convivencia, habla de multiculturalidad, habla de servicios públicos, que son los que garantizan que los ciudadanos

disfrutemos una serie de derechos; habla de espacio público, un elemento imprescindible para el ejercicio de la democracia, en particular de la democracia deliberativa –el capítulo de Margarita Pérez Pulido se refiere a algo muy relacionado: la ética discursiva–; habla de valores laicos (no podía faltar Rosa Regás en un libro como éste, y ahí está, apoyando, como siempre, a las bibliotecarias y bibliotecarios); habla de la defensa del patrimonio cultural y moral que supone la biblioteca (tampoco podía faltar para reivindicar esto otro escritor y gran amigo de las bibliotecas: Carlo Frabetti). El libro también habla de una profesión que se vuelca en el servicio a la comunidad; habla de ética, no desde un punto de vista teórico, sino de una ética que practican los bibliotecarios y las bibliotecarias. José Magán lo expresa muy bien cuando habla de la biblioteca no sólo como garante del acceso a la información, sino como herramienta que debe posibilitar *“la extensión de los valores humanos más nobles, así como servir para la extensión de los derechos humanos, la democracia y un desarrollo económico y social más justo”*. No se me ocurren mejores ideales para expresar la dimensión ética de la biblioteca.

En varias de las contribuciones aparecen igualmente referencias a lo que aporta la biblioteca a la formación de la ciudadanía y a la transformación de la sociedad. *“Las bibliotecas son herramientas de transformación de la sociedad”*, nos recuerda nuestra compañera Blanca Calvo. Las bibliotecas forman ciudadanos que a través de su ampliación cultural son capaces de concebir proyectos emancipadores para sí mismos y para el medio social en el que conviven. Naturalmente, estos ciudadanos y ciudadanas pueden llegar a ser peligrosos para quienes defienden un orden social injusto. De manera que es comprensible que la biblioteca pública no sea mirada con simpatía por algunos sectores. Así que nuestro deber es defenderla como parte de todo proyecto social emancipador. José Antonio Gómez pone el énfasis precisamente en cómo los bibliotecarios pueden ayudar a sus convecinos a ser mejores ciudadanos, más críticos y mejor informados. Pero dar acceso a la información, con ser importante, no agota la misión de la biblioteca, ya que la biblioteca, además de esto, transmite valores que son fundamentales para la convivencia democrática. La biblioteca, nos dice Alejandro Delgado, no es sólo la prestación de un servicio, es algo más importante: una obligación moral. Esto lo comprendemos especialmente cuando vemos los esfuerzos denodados de los medios de comunicación y de la publicidad por extender la estupidez humana a todos los rincones del planeta. La biblioteca, precisamente, es un eficaz antídoto para frenar esta perversión.

Este libro ratifica que estamos ante un colectivo con una conciencia cívica extraordinaria y dispuesto a plantar cara a aquellos poderes que representan a intereses espúreos, movilizándose (la movilización contra la aplicación de la directiva 92/100, que intenta imponer el pago por préstamo, ha sido y está siendo ejemplar), planeando acciones imaginativas y aportando libros tan necesarios como éste.

PEDRO LÓPEZ LÓPEZ

Director de la Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad Complutense de Madrid